

Homilía de **JOAQUÍN GONZÁLEZ, C. M.** en la Misa-funeral  
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Julio-Septiembre 2008, Nº 283)

**Q**ueridos Sacerdotes concelebrantes y Hermanos de la Congregación. Querida familia del P. Miguel. Especialmente saludo a su padre, Don Marcos, a sus hermanos, cuñados y sobrinos. Queridas Hijas de la Caridad y queridos amigos todos:

La celebración de la Eucaristía nos reúne esta mañana para encomendar a nuestro hermano y para darle gracias por su vida y por su ministerio. Nos reúne para celebrar el triunfo de Cristo sacerdote, resucitado de entre los muertos, vencedor de la muerte, en la persona y en el ministerio sacerdotal de Miguel.

*Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor* (Rom 14, 7-8). Estas palabras del apóstol San Pablo cobran su más profundo significado para nuestro hermano, el P. Miguel López Olmedo. En realidad, la muerte resulta siempre dolorosa y nos sume en la angustia y en la conciencia de nuestra limitación.

Es verdad. Nosotros hoy no podemos ocultar esta experiencia. Un dolor profundo nos envuelve a todos (familiares, compañeros de Congregación, Hijas de la Caridad y amigos del P. Miguel) en este momento en que contemplamos su vida, impresionados todavía por su repentina e inesperada pérdida de salud y por su muerte, con tan solo 57 años, acaecida en la madrugada de ayer. Todos hemos sido testigos, en estos tres últimos meses, de su transformación.

Después de haber vivido con normal vitalidad en el ejercicio de su ministerio parroquial, le hemos acompañado en el silencio del misterio del dolor en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Ramón y Cajal. Durante este tiempo, hemos contemplando su lento deterioro. Al final, la técnica humana se ha rendido ante la muerte y se ha resquebrajado definitivamente su edificio corporal.

Aunque con muchas preguntas sin respuesta, y con gran tristeza por el fatal desenlace, en momentos como el presente acudimos a la fe para encontrar fortaleza y esperanza. En la vida de Miguel se ha cumplido la palabra del Señor: *Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere da mucho fruto*. Hace unos días, en el funeral del misionero mayor de nuestra Provincia, el P. Superior de esta Comunidad, Fernando Quintano, nos decía: *Otro grano de trigo enterrado*. Hoy volvemos a enterrar otro grano de trigo con la muerte del P. Miguel. Su ministerio ha sido de gran fecundidad para la Congregación, para las Hijas de la Caridad y para las personas a las que sirvió con su palabra y su sacerdocio. Ayer, un compañero me decía: *Que el Señor, que sabe hacer muy bien todas las cosas, nos haga mucho bien en la Provincia*.

Nació un 31 de enero de 1951 en Lario-Burón, un pueblecito de León. Desde muy niño, baja a residir a las tierras maternas de Andalucía. El primer contacto con los paúles tendrá lugar en el Seminario de Andújar, donde cursó sus estudios de humanidades. En este mismo lugar, un 10 de septiembre de 1978, vio culminada su etapa de formación con la ordenación sacerdotal de manos de D. Miguel Peinado, Obispo de Jaén. Estudia filosofía en el Seminario de Hortaleza, Madrid, y teología en la Universidad Pontificia de Comillas. Fue aquí, en Hortaleza, donde yo conocí por primera vez al P. Olmedo. Él era mi profesor de dibujo cuando yo cursaba 5º de Bachillerato.

El P. Miguel ha ejercido su ministerio en muy diversas casas de la Provincia de Madrid. Tras su ordenación en Andújar, es destinado al seminario de Hortaleza. Tres años más tarde, como director espiritual, al Seminario de Andújar. El año 1984, se encuentra en Granada realizando estudios de Historia en la Universidad. Terminados su estudios, en 1989, es nombrado director espiritual de los Estudiantes del Teologado de Burgos. Su estancia en tierras castellanas fue corta. Tres años más tarde (19-01-1992), fue llamado a desempeñar el oficio de Director de las Hijas de la Caridad de la Provincia de San Vicente. Terminado este servicio, en el año 2000, pasó a trabajar en el ministerio parroquial: primero, en tres parroquias de la ciudad de Madrid (San Matías, San Vicente de Paúl y San Roberto Belarmino); luego, en estos dos últimos años, como superior y párroco de la Comunidad parroquial "Regina Mundi", en Granada.

Entre las cualidades del P. Olmedo se podrían destacar muchas. Pero, puestos a espigar algunas, yo destacaría: su saber estar, su discreción adornada con una pizca de timidez, su prudencia, su educación en todos los momentos y circunstancias, su amor sincero a la Congregación de la Misión y a la Compañía de las Hijas de la Caridad, su fidelidad en el cumplimiento de su labor misionera y sacerdotal hasta casi rozar el perfeccionismo, su cercanía y amabilidad en las distancias cortas, aunque, a veces, diese la impresión de seriedad en las distancias largas.

Esta Misa que estamos celebrando es una gozosa acción de gracias por el don del ministerio sacerdotal de Miguel y una súplica por su eterno descanso, en la esperanza segura de su resurrección con Cristo. Os invito, hermanos, a levantar el corazón apoyados en la esperanza cristiana. Lo mejor que podemos hacer ahora por nuestro hermano Miguel es elevar nuestra mirada a Cristo resucitado. A ese Cristo que nos ha dicho en su evangelio: *Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre (Jn 11, 17)*. En este doloroso momento de la separación temporal de nuestro hermano, reafirmemos nuestra fe y nuestra esperanza en Cristo resucitado.

En el día de su muerte, damos gracias a Dios por haber consagrado sacerdote a Miguel. Y lo hacemos, también, por haberle mantenido en su ministerio durante 30 años sirviendo a la Iglesia desde la Congregación de la Misión. Pedimos al Padre de la misericordia que conceda a nuestro hermano el generoso perdón de las faltas que pudiera haber cometido en su vida. Confiamos en que Miguel, *que fue tantas veces administrador de la gracia del perdón de Dios* en el sacramento de la Penitencia y en la Eucaristía, habrá recibido ya el abrazo misericordioso del Señor.

Que Dios, nuestro Padre, nos otorgue a cuantos acompañamos a Miguel en su tránsito a la vida eterna *el consuelo de la esperanza* en su salvación. A su padre, hermanos, cuñados y sobrinos, a los misioneros de la Congregación (venidos de diferentes Casas y Provincias), a las Hijas de la Caridad y a todos los aquí presentes, que hemos gozado de la generosa entrega de nuestro hermano, nos conceda perseverar en el servicio de Jesucristo y de su Iglesia. Que seamos cada vez más fieles a nuestra vocación en Cristo resucitado. Adiós, Miguel, descansa en paz.